

La lucha faccional en Opunte en 197 a. de C.: Algunas precisiones sobre la política romana en Grecia

F. JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN

Desde los estudios del gran historiador francés Numa Dionisio Fustel de Coulanges se ha venido manteniendo una opinión casi unánime sobre la posición adoptada por Roma frente a los incesantes conflictos internos que desgarraban las ciudades griegas en los momentos que precedieron a su intervención directa en suelo griego, que luego se prolongarían una vez afianzada la conquista firme del mismo. Se convertía así a Roma en el paladín descarado de las clases pudientes contra el ímpetu y el empuje de las masas populares, que de esta manera se habrían visto abocadas a caer en los brazos de los principales enemigos de Roma, especialmente los reyes de Macedonia y Antíoco III de Siria, para que pudiesen contrabalancear de alguna forma la injerencia de aquella sosteniendo y apoyando la causa de los orpímidos¹. Más recientemente tras una notable pléyade de estudiosos entre los que se cuentan nombres como Holleaux, Aymard, de Sanctis, Walbank y Badian, John Briscoe ha vuelto a insistir sobre el asunto intentando presentar las cosas de forma muy diferente². Sin embargo cuando se refiere a la facilidad con la que se hallan buenos ejemplos para sostener la teoría antes mencionada cita en primer término el caso de la ciudad locria de Opunte.

¹ N. D. Fustel de Coulanges, *Questions historiques*, París, 1893, 121-211. También *Polybe ou la Grèce conquise par les Romains*, Jovene editore 1984, 38 y ss. Sobre lo erróneo de esta política en lo concerniente a los mencionados monarcas, D. Mendels, «Polybius, Philip V and the Socioeconomic Question in Greece» *Anc. Soc.* 8 (1977), 155-174; «The Attitude of Antiochus III towards the Class Struggle in Greece (192-191 B.C.)» *Riv. Stor. dell'Ant.*, 8 (1978), 27-38 y «Perseus and the Socio-economic Question in Greece (179-172 B.C.)», *Anc. Soc.* 9 (1978), 55-73.

Sobre la posición de Roma, recientemente, E. Gruen, *The Hellenistic World and the Coming of Rome*, 2 vol. Berkeley-Londres 1984, 448 y ss.

² J. Briscoe, «Rome and the Class Struggle in the Greek States 200-146 B.C.» *Past and Present*, 36 (1968), 3-20 (trad. cast. en M. I. Finley, *Estudios de Historia antigua*, Madrid 1981, 65-85). Una referencia de los estudios anteriores en la n. 6 del artículo de Briscoe.

La ciudad estaba escindida en dos facciones y una de ellas llamó en su ayuda a los etolios, pero la facción rival, la de los ricos, los rechazó y envió a su vez un mensaje al comandante romano en las proximidades, que era a la sazón nada menos que T. Quintio Flaminio, para que acudiese allí, haciéndose entretanto cargo de la situación en la ciudad mientras esperaban la llegada del romano. Tal y como nos lo presenta Briscoe el caso en efecto parece claro. Los ricos buscaron su apoyo en Roma en tanto que los pobres, a quienes parece que hay que suponer como constituyentes principales de la facción rival, trataron de obtener el respaldo de los etolios, quienes aún a pesar de ser aliados de Roma en esta época disfrutaban sin embargo de una constitución democrática³.

Cuando se considera sin embargo algo más detenidamente el caso mencionado, las cosas no parecen presentar un perfil tan nítido y definido de antemano como uno pudiera pensar tras la lectura del trabajo de Briscoe. Acudamos pues de forma inmediata a Livio, que es quien nos ha transmitido las noticias sobre los hechos, basando su información muy probablemente en el perdido texto de Polibio⁴.

En el transcurso del invierno del 197 tuvo lugar en la ciudad una *seditio*, que muy posiblemente debemos entender como una lucha de facciones, dado que tal término es usado en este sentido en otros muchos contextos para describir un fenómeno indudable de estas características⁵. Una de las dos facciones en lucha llamó en su ayuda, como ya hemos anticipado, a los etolios, y sus rivales a los romanos⁶. Sin embargo no parece figurar entre las razones que Livio indica como determinantes para la primera de las opciones la que apunta Briscoe, el mayor sentido democrático de los etolios, sino una basada en algo mucho más elemental y trivial, *qui propiores erant*, es decir se trataba sencillamente de acudir a quienes estaban más a mano. No obstante aún cuando los etolios ya habían al parecer entrado en la ciudad, acudiendo a la llamada de sus supuestos partidarios, fueron sus rivales los que se hicieron con el control definitivo de la situación después de haber hecho salir a los etolios de la ciudad, asunto que queda zanjado en Livio por la escueta afirmación *exclusis Aetolis*, lo que no nos permite hacernos una clara idea de cómo se llevó a cabo el paso mencionado. De cualquier forma ya con la ciudad en sus manos enviaron el mensaje a Flaminio para que se personara en ella.

De forma inmediata, y tras esta lectura de los acontecimientos, parece surgir la duda razonable de cómo fue posible que una facción que en buena lógica debía ser minoritaria, dada su composición admitida —los ricos—,

³ Briscoe, art. cit., 5.

⁴ Liv. XXXII, 32, 2. Sobre su procedencia de Polibio, T. J. Luce, *Livy, the Composition of his History*, Princeton 1977, 33, y H. Tränkle, *Livius und Polybios*, Basilea-Stuttgart, 1977, 144-145.

⁵ Así por ejemplo referido a Etolia: Liv. XLI, 27, 6; XLII, 2, 2; XLII, 4, 5; XLII, 12, 7 y XLIII, 17, 5. A Tesalia: Liv. XXXIV, 51, 5. A Eno y Maronea: Liv. XXXIX, 23, 13 y XXXIX, 34, 4.

⁶ Liv. XXXII, 32, 2-3.

podiera haberse adueñado de la situación tan fáciomente —pues en ningún momento se hace referencia a ninguna clase de lucha—, teniendo en cuenta que sus rivales, además de constituir la mayor parte de la población —los menos favorecidos— y ser por ello mucho más numerosa en componentes, contaban en esos mismos momentos con la presencia concreta de sus aliados exteriores dentro de la propia ciudad, quienes debieron acudir, según es de imaginar, con alguna fuerza armada. A ello se le viene a sumar el hecho de que Flaminio, el apoyo exterior romano de los ricos, no había podido acudir todavía a Opunte, lo que hacía más desventajosa su posición interna frente a la de sus rivales.

Debemos tener en cuenta que el único dato del texto de Livio que ha permitido a este caso servir de ejemplo, casi paradigmático, de la política romana en Grecia como protectora de las clases altas, y garante por tanto del mantenimiento de sus posiciones y privilegios, es el calificativo con que se define a la facción partidaria de Roma: *opulentior factio*. La traducción por «más rica» parece lo más evidente, sin embargo quizá no tiene por qué ser necesariamente éste el sentido del término empleado aquí por Livio, alusivo a la riqueza material, y puede haber un sentido algo más general remitiéndonos a la esfera del poder o la influencia. Habría entonces que traducir el término como «más poderosa» o sencillamente «más influyente». Similares significaciones aparecen de hecho en otros autores y también en el propio Livio, donde se encuentran algunos ejemplos en los que no cabe quizá entender otro significado. Aparecen así expresiones como *opulento agmine*, *opulenti tyranni...*⁷. Aparece además admitida como una de las claras acepciones del término en el *Oxford Latin Dictionary*, explicitada en los términos: «well supplied with military resources or simply strong, powerful»⁸.

Vistas las cosas desde esta perspectiva quizá adquieren los hechos una mayor comprensión y resultan desde luego mucho más acordes con lo que en esos momentos sucedía en otras muchas partes de Grecia, donde facciones cuyos principales componentes eran aristócratas o miembros de las clases altas —los *principes* de Livio⁹— se disputaban, de forma encarnizada muchas veces, el predominio y la hegemonía dentro de sus respectivos estados, tratando por todos los medios de obtener en la contienda el favor y el apoyo de la mayoría. Sin duda cuando el favor de la mayoría se decantaba claramente de una de las partes, ello obligaba a sus oponentes a buscar apoyo en una fuerza exterior que sirviera de contrapeso evidente a la

⁷ En general sobre el empleo de este término en Livio, G. H. Schaefer y A. W. Ernesti, *Glossarium Livianum*, 1804 reimpr. Olms Hildesheim 1966, 522, y D. W. Packard, *A Concordance to Livy*, 4 vol. Cambridge Mass. 1968, 705.

⁸ *Oxford Latin Dictionary*, s.v. «opulentus», fasc. V, 1260, Oxford 1976. Aparece con este sentido en Salustio, Cat. 53, 3 y en Ennio, Tr. 324.

⁹ Sobre la problemática que plantea el empleo de este término, que en algunas ocasiones se refiere únicamente a la acepción general de líderes sin implicación de clase alguna, Briscoe, art. cit., 6, n. 17. También J. Deininger, *Der politische Widerstand gegen Rom in Griechenland 217-86 v. Chr.*, Berlín-Nueva York 1971, 15 y ss. y su revisión por P. S. Derow en *Phoenix*, 26 (1972), 305 y ss.

disparidad de fuerzas que se había creado en el interior de la ciudad¹⁰. No debemos olvidar que en la gran mayoría de los casos se trataba de democracias y era por tanto necesario para resultar elegido como gobernante obtener los votos en este sentido de la mayor parte de los ciudadanos. Sabemos además que a lo largo del período helenístico estas democracias habían adoptado una tendencia generalizada a proveer los cargos principales de la ciudad echando mano de las personas de recursos, que sin ninguna duda pertenecían a las clases altas. Esto se había visto reflejado en muchos casos en la asunción de poderes especiales por parte de alguna clase de magistraturas, que en cada estado recibieron diferentes denominaciones —los tagi en Tesalia o los estrategos en Etolia y en la confederación aquea—. De esta forma, aunque en teoría no existían restricciones que impidieran el acceso de personas de orígenes más humildes a los cargos públicos, fueron de hecho las de posición las que normalmente resultaron elegidas. Esta tendencia, que ya se había manifestado a finales de la época clásica en Atenas, se reforzó en el período helenístico por la aparición de nuevas razones tan importantes como la necesidad de mantener en política exterior relaciones con monarcas, ministros reales y más tarde con los magistrados romanos, y se pensaba con una cierta lógica que todo ello podía ser desempeñado con una mayor eficiencia por personas de su mismo rango, con las que existía una cierta vinculación de «status», y por otra parte por la necesidad imperiosa de hacer frente a los cuantiosos gastos que el desempeño de las magistraturas requería, para lo cual era preciso contar con unos recursos personales que ya no era factible encontrar, como en el pasado, en las arcas públicas¹¹.

Volviendo de nuevo a nuestro caso, parece muy probable que nos encontremos ante un caso más de éstos, por lo que quizá debemos interpretar los hechos como una oposición entre dos facciones que pugnaban por el poder. Una de ellas, la *opulentior*, contaba a su favor con el respaldo de la mayoría de la población y fue esta circunstancia la que determinó el triunfo definitivo sobre sus rivales, aun a pesar de la iniciativa emprendida por éstos de convocar en su ayuda a los etolios, precisamente porque estaban más cerca que Flaminio y se veía en ello la única posibilidad de acceder al poder por parte de quienes en el normal desarrollo del juego democrático no debían contar con muchas posibilidades ante el prestigio y la influencia que gozaban sus rivales. Además resulta factible suponer que consiguiesen que los etolios abandonasen la ciudad sin la necesidad de ejercer violencia alguna, si atendemos al testimonio en este sentido de Plutarco en su biografía de Flaminio, cuando señala que los de Opunte rechazaron la oferta de alianza hecha por los etolios, que les ofrecían instalar en la ciudad una guarnición,

¹⁰ Sobre las luchas de facciones, F. J. Gómez Espelosín, *Rebeliones y conflictos internos en las ciudades del mundo helenístico*, Alcalá de Henares-Zaragoza 1985, 235-268.

¹¹ A. H. M. Jones, *The Greek City from Alexander to Justinian*, Oxford 1940, 164 y ss. esp. 165.

prefiriendo por el contrario confiarse a Flaminino¹². Muy posiblemente la facción *opulentior* hizo valer su prestigio entre la población y ésta, a despecho de la iniciativa tomada por sus rivales, una vez más volvió a inclinarse del lado de siempre. También cabría añadir en este mismo sentido el hecho de que la ciudad no se mostró dividida en un momento anterior cuando se trató de tomar una decisión sobre la presencia de una guarnición macedonia, que había permanecido en la ciudad desde que Filipo V la tomó en el 208. El texto de Livio refleja claramente cómo en esta ocasión fue el cuerpo cívico en bloque el que se dispuso a expulsar a los macedonios —*Opuntiorum minis*¹³—. Las discrepancias surgieron a la hora de decidir las nuevas alianzas exteriores y éste fue quizá el momento que la facción que estaba en obvia desventaja consideró oportuno para socavar la posición de sus rivales, teniendo en cuenta que los romanos, que eran por quienes abogaban aquellos, estaban más lejos que los etolios, que además en estos momentos estaban ávidos de ampliar el número de sus aliados¹⁴.

Por último, quizá convenga insistir que la política de Flaminino no tenía por qué despertar necesariamente la oposición de todos los que no pertenecían a las clases altas, si bien es cierto que por su propia condición de *nobilis* sus simpatías naturales se inclinaban del lado de las aristocracias. Había tratado por medio de un fuerte despliegue propagandístico de mostrarse ecuánime en su comportamiento y había hecho a la vez alardes ostensibles de su política filohelena, intentando no intervenir de una forma directa —al menos descaradamente— en los asuntos internos de las ciudades¹⁵. Aunque quizá también se creyó haber adoptado la mejor opción de las que se ofrecían, dado que era del lado romano del que parecían decantarse las mejores perspectivas a la vista de cómo marchaban las cosas en Grecia en esos momentos y más teniendo en cuenta su más reciente pasado en este sentido, cuando fueron saqueados por Atalo con el permiso de Sulpicio¹⁶, y el propio comportamiento de Flaminino durante las campañas en las vecinas Tesalia y Fócide, donde cuando ello fue preciso hizo gala de una política de terror con ejemplares castigos a quienes se le habían opuesto¹⁷. Sin duda los miembros de la facción *opulentior* hicieron valer su influencia y supieron

¹² Plut. *Flam.*, 5, 5.

¹³ Liv. XXXII, 32, 4.

¹⁴ Sobre la política etolia de estos momentos, M. Holleaux, «Rome and Macedon: The Romans against Philip» en *Cambridge Ancient History*, VII reimpr. 1978, 176 y ss.

¹⁵ Sobre la política de Flaminino, Holleaux, «Les conférences de Lokride et la politique de T. Q. Flamininus (198 av. J.C.)», *REG*, (1923), 146 y ss. M. Feyel, «T. Q. Flamininus, Philippe et les Achéens» *REG*, (1943), 235 y ss. Briscoe, «Flamininus and Roman politics, 200-189 B.C.», *Latomus*, 31 (1972), 22-53 y del mismo, *A Commentary on Livy Books XXXI-XXXIII*, Oxford 1973, 28 y ss. Gruen, op. cit., 455.

¹⁶ Liv. XXVIII, 7.

¹⁷ Sobre la situación en Grecia en estos momentos, E. Will, *Histoire politique du monde hellénistique*, II, Nancy 2.^a ed., 1982, 152 y ss.

Sobre las acciones de Flaminino en los momentos precedentes, A. M. Eckstein, «T. Q. Flamininus and the Campaign against Philip in 198 B.C.», *Phoenix*, 30 (1976), 134-138.

estar esta vez en el lado más conveniente. Nos encontramos por tanto ante un caso más en el que fueron los propios intereses particulares y el oportunismo del momento los que decidieron a la hora de adoptar una posición, más que unas actitudes ya prefijadas de antemano por el rango social o por los sentimientos de clase.